Meadwell, Hudson. "Economic integration and the politics of independence", en *Nations and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, Vol. 2, n° 1, marzo de 1996, p. 73 a 93.

"Mother Tongue", en *Statistics Canada* , Ministerio de Bienes y Servicios, Ottawa, Censos de Canadá, 1992.

Smith, Anthony. *La identidad nacional*, Barcelona, Trama, 1997.

Thérien, Jean-Philippe y otros. "El surgimiento de un nuevo actor internacional", en *Interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 217 a 239.

II. Nunavut y las reivindicaciones territoriales autóctonas en Canadá

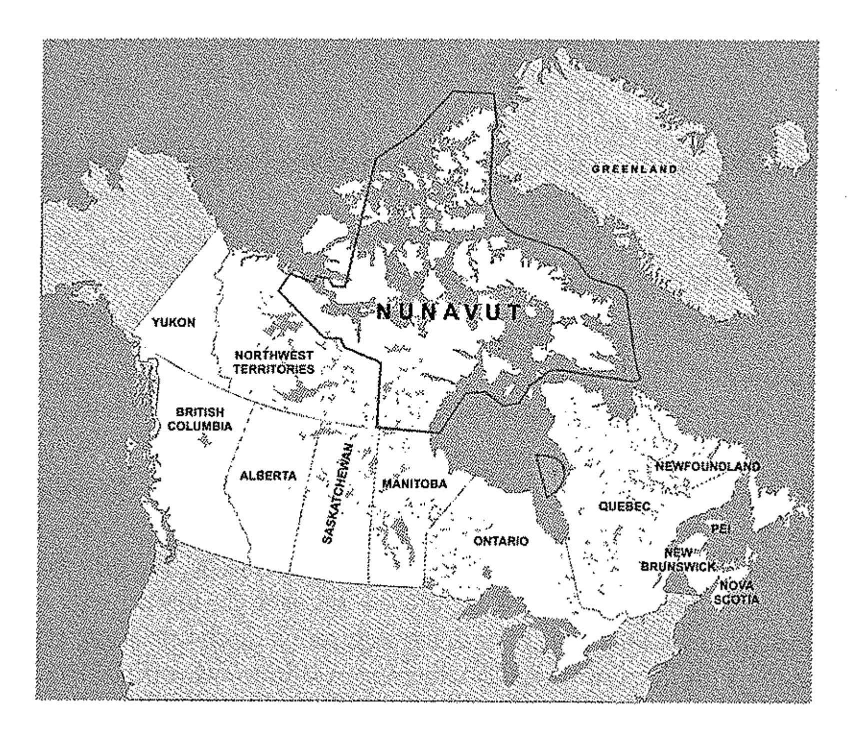
Carlos Carbonell

La escasa difusión que tuvo el acontecimiento del 1° de abril de 1999 a través de las redes globales de comunicación se debió quizás a su carácter pacífico y al hecho de que su trascendencia estuviera ligada al devenir de las minorías culturales y las comunidades marginales de los estados: en esta fecha, la recomposición del mapa político-administrativo canadiense condujo a la creación de Nunavut[1], una extensión de dos millones de kilómetros cuadrados ubicada en la región ártica y reconocida como "territorio" en el seno de la confederación (ver cuadro 1)[2].

Este nuevo *status* sienta un precedente de enorme importancia en la satisfacción de las aspiraciones y derechos que las comunidades autóctonas en todo el mundo

1. Nombre del territorio que en *inuktitut* (lengua de los inuit canadienses) significa "Nuestra Tierra".
2. Canadá está compuesto de un gobierno federal, de diez provincias y de dos gobiernos territoriales, el Yukón y los Territorios del Noroeste. Nunavut, que formará un tercer territorio, surge de la división de los actuales Territorios del Noroeste en dos entidades distintas. Según la Constitución canadiense, aunque los dominios de competencia de los territorios y de las provincias sean similares, un territorio posee poderes más limitados que los de una provincia en lo que concierne al régimen de tierras. Véase Michèle Therrien. *Printemps inuit: naissance du Nunavut*, Francia, Indigène Editions, 1999, p. 42.

CUADRO 1



han venido reclamando a los estados de los que hacen parte para garantizar la preservación de su cultura y sus dominios ancestrales. Las dinámicas de encuentro entre los antiguos ocupantes de las tierras dominadas y el colonizador durante la época de los imperios dieron lugar a intercambios que contribuyeron al mutuo reconocimiento de las diferencias, pero con mayor frecuencia a la constatación de una incompatibilidad de objetivos e intereses que se resolvía con la imposición de los dictámenes imperiales en detrimento de las comunidades autóctonas.

La creación de estados-nación posteriores al resquebrajamiento progresivo de los grandes imperios coloniales implicó la constitución de un aparato administrativo y legal acompañado por una idea específica de la "identidad nacional" en un territorio cuyos límites definían el ámbito espacial de aplicación de tales premisas políticas y culturales. Esta concepción de la organización social, que tuvo su manifestación primera en los países europeos de la modernidad y fue más adelante promovida por las élites locales que heredaron el modelo "occidental" en los antiguos territorios coloniales, entró en conflicto con las premisas que los pueblos nativos habían establecido en relación con la colectividad, la naturaleza, la cultura y la significación atribuida a su lugar de desempeño y residencia.

A pesar de la conciencia creciente que en las últimas décadas se ha generado en torno a la autonomía de los pueblos y la importancia que ha cobrado el respeto a las reivindicaciones de las minorías étnicas, la mayor parte de los estados actuales no ha asumido la responsabilidad histórica de restituir en alguna medida la dignidad y el patrimonio cultural de sus habitantes originarios. Los intereses políticos y económicos que se han manifestado sobre los territorios ocupados por las comunidades autóctonas dificultan el establecimiento de procesos de concertación que permitan las reformas necesarias para otorgarles a los indígenas mayores niveles de autonomía en el marco del ordenamiento legal del Estado.

Pero el obstáculo más difícil de superar es sin duda la mutua percepción del otro que se ha venido creando entre los nativos y el resto de la población de los estados a lo largo de los siglos. De un lado, el sentimiento de superioridad expresado en distintas actitudes que van desde la compasión redentora y el paternalismo hasta el desprecio y la discriminación. De otro lado, la desconfianza y el resentimiento producidos por siglos de opresión y marginación en las decisiones y los procesos políticos que afectan su porvenir.

El 1° de abril de 1999 culminó un largo proceso de negociación que dio inicio a una nueva etapa en la vida de los

inuit canadienses y abre la puerta para que comunidades autóctonas de éste y otros países encuentren en el acuerdo entre el gobierno federal y los indígenas una posibilidad de alcanzar el camino de las reformas conducentes a la satisfacción de sus aspiraciones. Para los estados, la constitución de Nunavut es un ejemplo de cómo emprender los procesos de conciliación multicultural en un contexto pacífico y democrático, respetuoso de los derechos de las minorías y consecuente con las expectativas de desarrollo económico, social y humano para el resto de los integrantes de la sociedad estatal.

A continuación analizaremos los elementos más relevantes de la negociación entre el gobierno canadiense y las comunidades inuit, así como las nuevas condiciones de relación establecidas entre los líderes de este grupo y el poder central. Para una mejor comprensión de los acuerdos y sus dificultades, es necesario conocer los aspectos preponderantes de la cosmovisión inuit y las dificultades ligadas a su aplicación en el marco jurídico y legal del Canadá. Asimismo, es preciso conocer los factores ligados a la falta de voluntad política y la débil participación de las comunidades autóctonas en las instancias de poder de la Federación, haciendo especial énfasis en la importancia para el ejercicio democrático de un sistema judicial preocupado por salvaguardar incondicionalmente las normas legales de un país. Por último, daremos un vistazo a otros procesos de reivindicación territorial que se adelantan en las provincias del Canadá y las dificultades inherentes a la potestad simultánea de las leyes provinciales y federales sobre el destino de los pueblos indígenas que habitan su territorio.

A. De la identidad inuit a la constitución de Nunavut

1. Los elementos de la identidad inuit

Sin lugar a dudas, la relación entre cultura y territorio es determinante para comprender por qué surgió la necesidad de reclamar el derecho sobre las zonas tradicionalmente habitadas por los inuit. Es necesario aclarar de entrada que las comunidades pertenecientes a este grupo étnico se asentaron en la región del ártico canadiense hace apenas 1.000 años. Si tenemos en cuenta que los primeros europeos arribaron presumiblemente a las costas de Terranova alrededor del mismo periodo y que los vikingos noruegos establecieron una colonia en Groenlandia durante el siglo XI de nuestra era, es importante preguntarse cuál es la legitimidad de las pretensiones de los aborígenes sobre tierras que no pueden ser estrictamente catalogadas de "ancestrales".

Es precisamente la significación que se le ha otorgado a las regiones árticas en el contexto de la cultura inuit y la estrecha relación de sus integrantes con el medio natural lo que ha contribuido a crear un sentido de identidad propio en cuanto a su experiencia diferencial con el territorio, expresado en múltiples dimensiones de su universo social.

> Según la tradición inuit, las prácticas privilegian la apropiación simbólica en detrimento de la apropiación física, lo que significa que el individuo o el grupo familiar no puede pretender 'poseer en propiedad' un territorio, definido a partir de modos de ocupación y explotación colectivas. Para la parte gubernamental, un territorio representa una extensión que depende de un Estado, o de otra jurisdicción legalmente reconocida, y la cual constituye habitualmente el objeto de una apropiación individual o colectiva[3].

3. *Ibidem.*, p. 45.

Esta diferencia fundamental entre la apropiación simbólica y la real sobre el territorio se expresa en la forma como los inuit asumen su lugar de despliegue existencial. "El ártico, si se escucha bien a los inuit, se resume a una expresión tan breve como rica de sentido: inuit *nunangat*, el territorio de los inuit, es decir aquel que incluye a los humanos, los animales, las configuraciones del paisaje, las estaciones y aun los seres invisibles que se es susceptible de cruzar"[4].

Los inuit han establecido lazos de auténtica intimidad con el territorio, lo cual los ha llevado a establecer una relación de respeto con el entorno natural concebido como un todo. La sensibilidad a las líneas del paisaje, a las variaciones estacionarias, a los ciclos de animales y vegetales se reflejan en los gestos cotidianos, en la literatura oral y en el conjunto de las producciones intelectuales y estéticas. El lenguaje, por su parte, registra la importancia de las interacciones reales e imaginarias entre el hombre y su medio ambiental, entre el espacio más íntimo (el de su cuerpo) y el espacio más vasto (el del mundo exterior):

> Los inuit ven en su entorno resemblanzas de partes anatómicas sugeridas por una similitud de forma o de apariencia. Existen *cabezas* (colinas redondeadas), *columnas vertebrales* (tallos de plantas, crestas de montañas), *lenguas* (hojas), *índices* (salientes de tierra) [...] El conjunto del cuerpo contiene concentraciones líquidas que extraen su nombre de las masas de agua (*imaq*) existentes en el territorio [...] las reglas femeninas (*aunarutit*) son vecinas [lingüísticas] del fundimiento del hielo y la nieve (*aunnaq*) [...] Por su parte, el cuerpo sufre violencias que se asemejan a los excesos impuestos a los elementos del paisaje[5].

4. *Ibidem*. Entrevista con Lia Nutaraq, Iqaluit, 1990, p. 47.
5. Estos son algunos ejemplos: *upinngaijuq* significa "la tempestad sobreviene de improviso" y también "la enfermedad llega sorpresivamente"; *sugaluktuk* es al mismo tiempo "está muy mal de salud" y "hace muy mal tiempo, el

De esta simbiosis también participa la actividad de la caza, que les garantiza el sustento económico y la supervivencia. La concepción de los animales en el contexto cultural inuit hace que estos adquieran una condición sagrada y mítica, lo cual les obliga a preservar el equilibrio natural para evitar ser castigados por la Madre Tierra.

> La foca se situaba en el centro de las relaciones que los inuit costeros mantenían con lo sagrado. Estas relaciones se organizan alrededor del pensamiento chamánico y de sus lazos estrechos con la naturaleza. Estaban regulados por un sistema de prohibiciones llamados *tirigusiit*[6].

Para los inuit, los componentes humano y animal no son antagónicos; pertenecen a un mismo orden universal que garantiza la resurrección de las almas. Las metamorfosis entre animales y humanos son frecuentes según la creencia inuit, y por ello es necesario llevar a cabo gestos de reciprocidad manifiestos en las actividades de cacería, como evitar el sufrimiento del animal o darle de beber a una foca luego de su captura para permitir su regeneración. Transgredir estos preceptos significa atraer el caos, el infortunio y la enfermedad.

Estos "tabúes" y "supersticiones", como se podrían calificar desde la modernidad occidental, han sido pensados para garantizar la preservación de los recursos fáunicos sin sacrificar el principal medio de subsistencia. Existe, pues, una visión ármonica de la relación con el entorno natural, distinta del proteccionismo emprendido por la ley y las organizaciones ecologistas que pretenden subsanar el des-

viento sopla muy fuerte"; *ikullaumijuq* quiere decir "me-jora la temperatura" y a la vez "el enfermo comienza a recuperarse". Véase *Ibidem*., p. 50 a 52.
6. Conferencia de Juulia Saimmajuq, diplomada del colegio Ártico de Nunavut, en el Instituto de Lenguas Orientales de París el 26 de octubre de 1998. *Ibidem*., p. 108.

medido abuso en contra del medio ambiente suscitado desde hace varios siglos.

Pero no es sólo la concepción del territorio donde habitan y los recursos que allí se encuentran lo que les confiere a los inuit rasgos particulares que hacen requeribles mayores niveles de autodeterminación. El *status* de "territorio" incluye también el respeto y puesta en aplicación de las propias formas de gobierno, que extraen sus elementos fundamentales del ejercicio tradicional de la autoridad:

> Sí, para gobernar bien hay que pronunciar discursos breves, reservar un lugar al humor y tomar el tiempo para ir a cazar, hay que aceptar igualmente ceder su lugar, aspecto que deja ver la sigla del programa *Sivuliuqtit* puesto en marcha para formar específicamente a los altos funcionarios inuit. Su significado es un vuelo de ocas, dispuesto en abanico, recordando que estas aves ocupan, en el transcurso de sus largas migraciones, el turno del primer rango. Los futuros dirigentes inuit desearían, como las ocas, orientarse en una misma dirección, compartir el liderazgo, estar atentos al otro y animarlos en ruta, sin dejar de permanecer fieles al compromiso inicial[7].

Antiguamente reposaba en los miembros de edad más avanzada la atribución de dirigir sus comunidades, pero una nueva generación de jóvenes instruidos vino a suplantar su papel para hacer frente a los retos de la administración pública bajo el modelo occidental. No obstante, ellos se reúnen continuamente con el aún venerado consejo de

7. *Ibidem.*, p. 129. El término *sivuliuqtit* significa literalmente "aquellos que abren el camino y en consecuencia contribuyen a crear las condiciones de lo que pasará en el futuro". El programa *Sivuliuqtit*, que terminó el 31 de marzo de 2000 y que se ha beneficiado de una ayuda federal de 39,8 millones de dólares canadienses, es un programa de perfeccionamiento en el cual las prácticas ejemplares en materia de desarrollo del liderazgo, cambio organizacional y gestión del sector público se integran a la visión del mundo propia del pueblo inuit.

ancianos con el fin de acordar los criterios más apropiados para evitar el sacrificio de los principios tradicionales en la actual coyuntura política, y recibir recomendaciones sobre las estrategias y cualidades que debería seguir un buen gobernante. Para los nuevos dirigentes, el gobierno en Nunavut será representativo si cumple con las misiones que se ha impuesto:

> – Tomar en cuenta los elementos del saber tradicional antes de emprender cualquier acción con el fin de definir el futuro inspirándose en la sabiduría de los ancianos;
>
> – Trabajar en asocio, no solamente con las comunidades, sino con las familias y las personas;
>
> – Guiar y apoyar a los jóvenes, protegiendo a los más vulnerables;
>
> – Sostener acciones en favor del uso moderado de los recursos naturales y proteger la calidad del medio ambiente;
>
> – Rendir cuenta de sus actos al conjunto de la población;
>
> – Jugar un papel en la escena nacional e internacional[8].

Esta propuesta refleja que los gobernantes están dispuestos a respetar y hacer valer lo que ellos llaman la "espiritualidad inuit", concepto que comprende un conjunto complejo de prácticas y representaciones en todos los ámbitos de la vida personal, familiar y colectiva, la cual incluye las

8. *Ibidem.*, p. 130. El término para el saber tradicional es *qaujima-jatuqait*, que significa "los conocimientos ya adquiridos". *Qau* es "luz del día"; *qaujima* significa "conocer, dominar algo"; *tuqa*, "algo antiguo pero considerado útil o funcional".

relaciones con el mundo animal, la naturaleza, los difuntos y los espíritus.

La historia de la cultura inuit refleja el rechazo a las instituciones que concentran el poder y la acumulación de bienes que induzcan a una fractura social. Ningún jefe o chamán se debía apropiar abusivamente el poder, y la sociedad se preocupa aún hoy por evitar el autoritarismo de todo tipo, acordando un lugar central al consenso y la cohesión social. Esto, por supuesto, iba en contravía con la actitud colonialista y paternal encontrada por ellos entre los *qallunaat* (los hombres blancos, "aquellos que tienen grandes párpados") y resurge como una reacción ante la forma como habían sido gobernados hasta el presente.

Por ello, la mayor dificultad para el nuevo gobierno de Nunavut consiste no tanto en revalorar la cultura propia entre los integrantes de su pueblo, sino en cambiar la mentalidad hacia el exterior de sus fronteras étnicas, la manera como los demás pueblos los han caracterizado a lo largo de la historia y el esfuerzo para dar a entender que su proyecto es una realidad posible.

2. Velos e imágenes de la alteridad

La conciencia de una cultura propia y la construcción de la identidad se produce para las colectividades gracias al intercambio con los "otros" culturales y con sus percepciones del mundo y la sociedad. Es el sentimiento de ser diferentes y su definición de sí mismos, lo que les permite luchar por algo que consideran específico a su forma de vida.

> En *inuktitut*, 'identidad' se traduce por *inuit inuunirarnirijangat*, que significa 'aquello que los inuit dicen con respecto al concepto de ser inuit'. Esta designación permite hablar, sea de la identidad humana (diferente de la animal), sea de la identidad étnica [...] (distinta de los *qallunaat* y demás habitantes del planeta)[9].

No obstante, la cosmovisión inuit se ha visto confrontada a lo largo de la historia por constantes digresiones o negaciones de sus rasgos étnicos fundamentales y ha creado falsos mitos que favorecen determinados intereses y desconocen la esencia misma del ser inuit.

Las primeras informaciones sobre los pueblos autóctonos del ártico fueron difundidas en Europa por los viajeros y cartógrafos que compilaban los relatos de los exploradores. En esa época, los nativos eran catalogados de salvajes y caníbales, pigmeos o indios árticos.

> El mito de los pigmeos árticos fue reforzado por la baja estatura de los inuit, metidos en sus vestimentas de piel y vistos siempre de lejos por los primeros navegantes; y también por la presencia de 'grullas' (de hecho, grandes garzas) a lo largo de las costas, un pájaro cuyos huevos son el alimento de los pigmeos según el mito griego [...] La creencia en la existencia de pigmeos árticos tendrá larga vida, pues Corneille de Pauw, en los "Suplementos de la Gran Enciclopedia" aparecidos en 1768, habla aún de los pigmeos septentrionales a propósito de los inuit[10].

Esta imagen sería complementada gracias a una designación común todavía en nuestros días y que los inuit rechazan por tener su origen en las tribus amerindias del Canadá.

> La designación de esquimales proviene de una lengua protoalgonquina [...] Contrariamente a lo que se cree, el término

9. *Ibidem.*, p. 32.
10. Bernard Saladin d'Anglure y Françoise Morin. "Amérique arctique: le nouveau-monde politique inuit", en *Espace, temps et pouvoir dans le nouveau monde*, París, Jerôme Monnet (dir.), Anthropos, 1996, p. 409.

"esquimales" no significaría "consumidores de carne cruda" sino "gente que habla una lengua extranjera"[11].

La visión que los europeos habían creado de los inuit era una mezcla de las referencias tomadas de otras comunidades autóctonas y las propias percepciones. Esto ha obligado recientemente a los inuit a establecer una diferencia clara entre ellos y las demás tribus que habitan Norteamérica, privilegiando la visión que los inuit tienen de sí mismos. Tal situación sobreviene a causa de que el problema de la percepción no se encuentra aislado de factores más concretos que atentan contra la supervivencia real y simbólica de los pueblos.

Como sucedía en otras latitudes, las prácticas ajenas a la civilización occidental (como comer carne cruda) fueron catalogadas de barbáricas, salvajes o en todo caso muy atrasadas con respecto a los cánones del pensamiento europeo. Se privilegiaba la "manera de hacer" de las monarquías e imperios, lo cual favorecía el contexto para que exploradores y visitantes en las tierras descubiertas consagraran la ley y el orden con el aval de los gobiernos europeos y en detrimento de las comunidades autóctonas. El ejercicio de la hegemonía "occidental" implantó lógicas de apropiación y explotación en el territorio opuestas al modo de vida inuit, así como elementos simbólicos que trastornaron su universo imaginario.

Este desconocimiento de la cultura inuit y la falta de preocupación por aproximarse a la comprensión de las creencias autóctonas ha provocado paradójicos desencuentros más allá del ámbito mítico, que evidencian aún hoy un marcado egocentrismo en cuanto a la visión occidental del "deber ser". Medios de comunicación y movimientos ecologistas han condenado desde los años 60 el comercio de

11. Therrien. *Op. Cit.*, p. 11.

pieles de foca, y hasta años recientes señalaron a los indígenas como responsables de atentar contra el ecosistema. En su lucha para presionar a los estados con el fin de modificar las actitudes permisivas de amenaza al medio ambiente, estos grupos estigmatizaron ante la opinión pública a comunidades inuit que han sido víctimas de las prohibiciones de caza en áreas protegidas y del boicot al comercio de pieles. La imagen deformada de unos indígenas que podrían llegar a convertirse en los mejores aliados para la conservación de los recursos fáunicos atestigua la ausencia de un diálogo que conduce a la mutua incomprensión y permite la imposición irreflexiva de un discurso.

3. La cuestión territorial para los no inuit: contacto cultural, explotación de los recursos e intereses estratégicos

Cuatro acontecimientos de importancia comenzaron a producirse en el siglo XVII en relación con los inuit del Canadá, en el marco de la lucha de los poderes imperiales para hacerse a territorios inexplorados: el tráfico de pieles efectuado por la Compañía de la Bahía de Hudson, los balleneros europeos, la llegada de los misioneros a territorio inuit y la búsqueda del "Pasaje del Noroeste" que condujo a la conquista del ártico.

La Compañía de la bahía de Hudson recibió, en 1670, una concesión de la Corona Británica para emprender el comercio de pieles en el norte de Norteamérica. Esta concesión implicaba el otorgamiento de derechos de propiedad sobre la bahía de Hudson y la bahía James. Los comerciantes y exploradores que buscaban el pasaje del Noroeste llevaron a los inuit armas, vestidos, metal, herramientas y utensilios, danzas e instrumentos musicales, alcohol, tabaco y enfermeda transformación de la cultura tradicional y en los modos de explotación del ecosistema donde los inuit se habían acostumbrado a subsistir.

La cacería de ballenas por parte de los europeos modificó las formas tradicionales de caza emprendidas por los inuit; las compañías balleneras que los empleaban en la industria crearon un nuevo estilo de vida dependiente de las estaciones y con ello afectaron profundamente la cultura inuit. La caza de ballenas entró pronto en decadencia, en tanto el comercio de pieles experimentó un auge progresivo que le permitió expandir su influencia a todo el ártico.

Los misioneros católicos y protestantes compitieron por la evangelización de los indígenas inuit en toda la región ártica, y en distintas lenguas correspondientes a cada uno de los países que se disputaron la supremacía en la zona (danés, alemán, inglés, ruso y francés). La llegada de confesiones cristianas de muy diversa índole (luteranos, anglicanos, católicos, ortodoxos) provocó la aparición de extraños cultos que se tradujeron en un descomunal conflicto de creencias, debido a que los misioneros condenaron las prácticas chamánicas tradicionales y despreciaron la riqueza espiritual inuit[12].

Pero es quizás la pretensión sobre sus territorios el factor que desencadena una reacción, un poco tardía, de los inuit para velar por el rescate su identidad cultural. El interés en estas regiones inhóspitas comienza con la búsqueda, emprendida por los exploradores europeos, de un pasadizo que permita alcanzar el mar del Sur y las costas de China por el océano Ártico. Los intentos de hallar este pasaje fueron alimentados por la ilusión que importantes cartógrafos del siglo XVIII habían creado en torno a la posibilidad real de encontrar una ruta a través del archipiélago circumpolar[13].

Pero aparte de esta posibilidad no existió un auténtico interés por colonizar el ártico de Norteamérica, a diferencia de lo que sucedió en Siberia y el ártico europeo (Laponia). Sólo en el siglo XIX comienza una disputa por los territorios en cuestión, la cual genera una desagregación política de éstos que niega la unidad cultural del pueblo inuit y los derechos derivados de su presencia sobre las zonas de tundra y las costas.

Con el retiro de Francia de territorio canadiense en cumplimiento del Tratado de París (1763), Inglaterra logró por pocos años el monopolio de la búsqueda y apropiación del Pasaje del Noroeste. No obstante, el surgimiento de dos nuevos países que comenzaron a tener injerencia en la región modificó el panorama de la soberanía sobre territorio inuit.

Rusia y estados Unidos saltaron a la palestra para atentar contra el dominio geopolítico del imperio británico sobre el acceso a los mares cálidos de Asia. El "Gran Juego Americano" fue el nombre con el que se conoció la lucha por el control de las regiones noroccidentales y árticas de Norteamérica, emprendida por estos tres países. El condominio de ingleses y americanos sobre Oregón, la venta de Alaska a los norteamericanos en 1867 y la creación de la Confederación canadiense fueron los eventos preponderantes de esta pugna para consolidar la hegemonía sobre las zonas polares.

El "Acta de la América del Norte Británica" unificó las colonias inglesas desde el Atlántico hasta los Grandes Lagos. La creación de la Confederación canadiense se completó con la compra de las tierras propiedad de la Compañía de la Bahía de Hudson. En 1880, la apropiación unilateral del archipiélago ártico por parte de la Corona para ofrecérselo al Canadá es el acto más representativo de la preocupación inglesa por constituir una presencia importante en Norteamérica frente a la vigorosa oposición que los estados Unidos había impuesto desde su independencia.

El problema de la soberanía se sitúa, pues, en el centro de la cuestión territorial concerniente a los dominios árticos. El hallazgo del Pasaje del Noroeste por Amundsen y

12. Robert McGhee. "The early years", en *Nunavut '99: Changing the map of Canada*, Canadá, Nortext Multimedia Inc., 1999, p. 18.
13. Saladin d'Anglure. *Op. Cit.*, p. 410 a 415.

la toma de conciencia en torno a la innavegabilidad del océano Ártico, unido a otros factores (apertura del Canal de Panamá, desarrollo de la aeronavegación y la tecnología submarina) apaciguaron durante un corto periodo el afán por establecer una supremacía en la región. Sin embargo, los diferendos en referencia a la soberanía de las aguas árticas subsisten hasta la actualidad. Estados Unidos y otros países pretenden que el Pasaje del Noroeste es una vía internacional, lo cual niega Canadá.

La Segunda Guerra Mundial, y posteriormente la Guerra Fría, hacen que el Ártico recobre vigencia estratégica para las potencias. La instalación de sofisticados sistemas de seguridad y la construcción de bases aéreas y militares en la zona condujeron a una nueva utilización del espacio ártico para fines de defensa militar.

Es evidente que en medio de los juegos de poder entre las grandes potencias mundiales es fácil olvidar las necesidades y aspiraciones de un puñado de indígenas dispersos por las grandes planicies polares.

> Cuatro siglos después de la apropiación de América del Sur por los países ibéricos, las tierras circumpolares de América del Norte fueron también compartidas, vendidas y divididas por los europeos del norte o sus descendientes. La colonización y explotación de estos territorios lejanos se tradujo en la fragmentación territorial de un ecosistema relativamente homogéneo con una población bastante uniforme a pesar de su dispersión[14].

Además, la satisfacción de los intereses estratégicos de los estados en el seno de los cuales se encontraban las comunidades inuit implicaba el sometimiento de los nativos a los dictámenes de los gobiernos. Estos intereses no se

14. *Ibidem.*, p. 423.

limitaban, por supuesto a los propósitos de defensa, sino que se extendían a los ámbitos de la explotación minera y el desarrollo de la energía atómica. Es la exacerbación del modelo occidental de apropiación, posesión y explotación sobre territorio ártico lo que provoca la reacción de los inuit para conformar un movimiento colectivo autóctono en defensa de su cultura.

4. Las relaciones internacionales de los pueblos inuit y las aspiraciones de identidad paninuit

Los aborígenes del ártico han decidido adoptar el apelativo de inuit como una designación con la cual desean hacerse reconocibles en el escenario internacional. No obstante, el nombre inuit se refiere específicamente a los indígenas del Canadá que tienen una herencia cultural común a los otros pueblos de otras regiones árticas.

"El etnónimo inuit no suprime las autodenominaciones utilizadas localmente, a las que se remiten los diversos grupos. Es así como en el centro de Alaska y en Tchoukotka (Siberia) viven los Yupiit y los Yupiget, los inuit de Groenlandia se llaman kalaallit y los del norte de Alaska, Inupiat"[15].

Pese a las diferencias entre las comunidades de cada área geográfica, los pueblos inuit reconocen un cierto número de características que los convocan en su historia, sus patrones lingüísticos y sus visiones del mundo.

Esta diversidad local ha logrado un consenso en torno a su nominación debido a la necesidad creciente de conformar un frente común que haga contrapeso político a los intereses de los países con soberanía sobre el territorio ártico. Asuntos como el del proyecto Chariot en Alaska (la

15. Therrien. *Op. Cit*, p. 11.

construcción de un puerto sobre la costa noroeste de Alaska con el uso de explosiones atómicas subterráneas) y la prohibición, en 1961, de la caza del pato salvaje en virtud de tratados internacionales produjeron los primeros intentos de asociación –inicialmente en el marco interno de cada Estado– de las comunidades autóctonas inuit. El movimiento de los indígenas de Alaska fue el precursor de la reivindicación de los derechos ancestrales sobre su territorio, actitud que fue siendo emulada por los demás grupos inuit en toda la región circumpolar.

Pero el tema de la extracción minera y energética comenzó a perfilarse como uno de los problemas con mayor riesgo potencial de amenaza a los ecosistemas vitales para las comunidades del ártico. En la primavera de 1973, un encuentro internacional sobre el impacto de los descubrimientos de gas y petróleo en el océano Ártico logró reunir por primera vez a los delegados autóctonos provenientes de los distintos estados. Allí se acordó la organización de un Congreso de los Pueblos del Ártico, que se celebró en Copenhague en noviembre de 1973.

Eben Hopson, alcalde de North Slope Borough (la única circunscripción en Alaska que poseía una mayoría inuit para ese entonces, luego de la colonización americana), inició gestiones para presionar a diferentes personalidades políticas con el fin de elaborar normas internacionales para la gestión de las costas del Ártico.

> Como las compañías multinacionales y las agencias de desarrollo americanas eran reticentes a responder a su grito de alarma y sólo la explotación de los nuevos recursos energéticos parecía interesarles, Eben Hopson comprendió que era tiempo para los inuit de tomar conciencia de que ellos formaban un solo pueblo, y que allí residía su fuerza. Era necesario diseñar una organización paninuit que permitiera promover los intereses propios entre los inuit, dar a conocer su identidad al resto del mundo, su cultura ligada estrechamente al ecosistema ártico y sus necesidades[16].

Como puede apreciarse, los desafíos que debieron afrontar las comunidades árticas trascendieron las adscripciones locales y las obligaron a reelaborar su discurso de identidad con el fin de ampliar sus fronteras étnicas sobre la base de elementos culturales comunes a todos los pueblos de la región circumpolar. La construcción de categorías étnicas hace parte de los procesos de formulación de etnicidad, concepto que implica un elemento de autodefinición "diferenciador respecto de" otros grupos sociales, y su institucionalización.

La etnicidad denota un componente dinámico y cambiante de acuerdo con las transformaciones históricas que se suscitan en el contexto global. Los grupos humanos hacen relecturas de su historia y su pasado para diseñar "estrategias de identidad" que les garanticen la expresión y supervivencia de sus culturas. Los límites de los estados que han intentado ejercer influencia en la zona ártica fragmentaron la unidad del pueblo inuit, y las dificultades inherentes a las comunicaciones y la geografía disminuyeron las posibilidades de emprender un proceso efectivo de integración transfronterizo. La voluntad de consolidar un frente común que surge en la segunda mitad del siglo XX responde a la necesidad inaplazable de hacer valer sus derechos sobre el espacio ártico y obliga a la reconsideración de los particularismos regionales para constituir corporaciones que no estén sometidas a la política de los estados y les permitan actuar frente a ellos.

Con este ánimo, Eben Hopson organiza el encuentro "Los inuit bajo cuatro banderas", celebrado en Barrow

16. Saladin d'Anglure. *Op. Cit*, p. 429.

(Alaska) en julio de 1977. Allí se adoptó el término genérico "inuit" como una fórmula de designación hacia el exterior, descartando el etnónimo "esquimales". Esta aceptación de clasificarse bajo el mismo calificativo étnico permitió la consolidación, por vez primera, de una comunidad paninuit, que se distinguía a la vez de otros pueblos circumpolares y de las organizaciones étnicas indígenas en Norteamérica bastante avanzadas en su toma de conciencia política. Además definía la manera como ellos deseaban ser vistos ante los ojos del mundo, y no como los demás habían decidido nombrarlos e imaginarlos.

A raíz de este encuentro se decide la creación de una Conferencia Inuit Circumpolar (CIC). En su primera Asamblea General en Nuuk (Groenlandia) se establecieron los principios de su Carta Fundamental, aprobados por unanimidad.

> Así, después de haber sido sucesivamente pigmeos árticos, tártaros, indios septentrionales y esquimales por los occidentales, estos grupos (Yupiik, Inupiat, Inuvialuit, Inuit, Kalaallit) representados en Nuuk se reunían ahora bajo una nueva identidad transnacional, la de 'inuit circumpolares'. Las resoluciones adoptadas por la asamblea estipularon que ellos formaban un pueblo indivisible con una lengua y una cultura comunes, un mismo ambiente natural e intereses comunes, y que no estaban divididos sino en razón de las fronteras que les habían atribuido algunos estados-nación[17].

Es importante resaltar que la etnicidad inuit no concebía la dialéctica ellos-nosotros inherente al establecimiento de fronteras étnicas exclusivamente frente a los estados occidentales, sino también frente a otros grupos autóctonos.

17. *Ibidem.*, p. 431 y 432.

En este sentido, el ambiente natural jugó un papel muy relevante en la definición de su identidad:

> La referencia a un ecosistema común (el medio ártico), por exacta que fuera en su conjunto, no ocultaba las grandes diferencias de clima, recursos y latitudes de un extremo al otro del área inuit. Esta servía más para diferenciar a los inuit de sus vecinos amerindios con los cuales subsistía una larga tradición de antagonismo histórico. Las organizaciones amerindias existían desde hacía tiempo y poseían ya su propia burocracia. Los inuit habían preferido desarrollar sus propias organizaciones y asentar el poder de estas últimas sobre bases amplias y consensuales[18].

La apelación al ártico es, pues, un elemento imaginario que propende por la creación presente y futura de una nueva realidad entre los pueblos inuit. La conformación de comunidades culturales, la modificación de las fronteras étnicas y la "invención de la tradición" son desarrollos propios de la modernidad que suceden en todos los rincones del planeta, y evidencian el manejo político de los factores culturales cuyo objetivo es el mejoramiento de las condiciones sociales que implican a las colectividades.

5. Desarrollo de las negociaciones para la constitución de Nunavut

Todos los factores traumáticos de relación entre el Estado y las comunidades inuit se manifestaron en el territorio canadiense. Los problemas sociales comenzaron a cobrar fuerza desde principios de siglo, y los periodos de los años 20 y la segunda posguerra agravaron la situación de los pueblos del ártico. La construcción de la *Dew Line* durante

18. *Ibidem.*, p. 432.

la Guerra Fría (*Distant Early Warning System*, un sistema de radares que atravesaba la región ártica americana) provocó una sedentarización de las comunidades alrededor de las bases militares y la movilización de varias familias hacia las aglomeraciones urbanas del sur, dirigidas por el poder federal. Las lógicas de la gestión gubernamental obedecían a los parámetros de bienestar y calidad de vida occidentales, pero ejercían un efecto devastador sobre la preservación de las características culturales y la sociedad inuit.

Durante los años 60, el programa de vivienda federal reemplazó por casas prefabricadas las tiendas y los iglúes que están asociados al nomadismo inherente a las actividades de cacería. La modernización económica alteró la vida de los inuit y los insertó en las dinámicas del consumo y la libre empresa, sin un criterio de gestión adecuado a su forma de vida.

Por su parte, el sistema educativo que intentó ser implantado a través de la instalación de escuelas públicas no tenía en cuenta el vehículo privilegiado de instrucción para los inuit: la práctica de la caza. Además, las grandes distancias, la sensación de confinamiento y la inutilidad del esfuerzo para superarse en una sociedad que los minusvalora dieron lugar a fenómenos de ausencia y evasión en las escuelas, que terminaron por convertirse en institutos para facilitar la asimilación cultural y legitimar la ruptura de las nuevas generaciones con su patrimonio tradicional.

Todo lo anterior, sumado a la confusión de creencias, la discriminación entre los miembros de la sociedad canadiense, los bajos niveles de vida y las escasas alternativas de subsistencia luego de las medidas que el Estado adoptó para satisfacer a los grupos de presión que denunciaban la explotación indiscriminada de los recursos fáunicos, generaron serios trastornos sociales que amenazaron la continuidad del pueblo y la cultura inuit.

Es evidente que lo aquí expuesto es resultado del conflicto creado por la enorme brecha entre la organización estatal y las necesidades de los pueblos autóctonos:

> La soberanía del Estado canadiense está repartida en dos niveles: federal y provincial. La Constitución de 1867 atribuyó al nivel federal la competencia exclusiva relativa a los autóctonos (entre los que se incluyen los amerindios, los inuit y tal vez los mestizos) y a las tierras que les fueron otorgadas como reserva. El ejercicio de la autoridad federal ha sido considerado durante largo tiempo, aun por parte de los tribunales, como el ejercicio de un poder discrecional sobre los individuos y las colectividades autóctonas. En otros términos, el gobierno no debía rendirle cuenta a nadie en esas materias. Nada los obligaba a justificar sus decisiones o acciones concernientes a los autóctonos, y estos se encontraban a merced de los políticos y los administradores públicos[19].

El atentado contra la cultura inuit, avalado por el ordenamiento legal de la Federación, generó una reacción de los líderes indígenas del ártico canadiense. Las continuas peticiones de los autóctonos al gobierno condujeron al nombramiento de un Comisionado para las Reivindicaciones Nativas en diciembre de 1969, y el poder federal proveyó fondos para financiar a las comunidades en la preparación de los casos.

El fortalecimiento de la identidad inuit contribuyó a acrecentar la conciencia de los indígenas para organizarse en grupos que pudiesen ejercer presión sobre el gobierno. Es así como el Inuit Tapirisat de Canadá (*Inuit Tapiriiksat Kanatami*) es creado en 1971 para adelantar los reclamos sobre los Territorios del Noroeste. Por vez primera, los

19. Renée Dupuis. *Tribus, peuples et nations*, Quebec, Boréal, 1997, p. 21.

derechos territoriales estaban siendo puestos en discusión y tenían eco en las instituciones federales.

Esto se hizo particularmente notable en los estrados de la Corte Suprema, fundamentales para inducir el cambio de actitud del gobierno canadiense a través de sus fallos sobre los asuntos territoriales de las comunidades autóctonas. La primera decisión en este sentido fue la del caso Calder (1973), que reconoce la existencia de los derechos de los autóctonos sobre sus tierras a raíz de una demanda para comprobar la subsistencia de un título ancestral de propiedad sobre el territorio tribal de los nishga'a en Columbia Británica.

Para la Corte Suprema que falló en ese entonces, los derechos de los autóctonos sobre territorio canadiense existen por el solo hecho de que ellos lo ocuparon y utilizaron antes que los europeos, aunque tales derechos existan bajo reserva de la soberanía y el derecho de propiedad del Estado sobre territorio canadiense.

La reacción del gobierno ante la decisión del tribunal consistió en retomar la política de firma de tratados interrumpida en 1923, dado que desde ese año se habían extinguido unilateralmente los derechos sin compensación alguna bajo el mecanismo de promulgación de leyes federales. Para evitar una colisión de poderes y escapar a posteriores decisiones de los tribunales, el Estado prefirió retomar la vía de la negociación. A través de ella, el gobierno se propuso obtener la renuncia de los autóctonos a sus derechos ancestrales sobre los territorios que no habían sido objeto de un tratado a cambio de compensaciones financieras.

Esta política buscaba satisfacer tres objetivos:

> En primer lugar, (el gobierno) se dispuso a reconocer los derechos de posesión de los autóctonos negociando con ellos acuerdos "justos, equitativos y definitivos" [...] En segundo lugar, el gobierno estima que la aceptación de sus reivindicaciones debe permitir a los autóctonos "vivir como ellos deseen" [...] Tercero, el gobierno quiere asegurarse de que los términos de los acuerdos en torno a las reivindicaciones respetarán los derechos de todos (autóctonos y no autóctonos). En la práctica, esto significa que los derechos adquiridos por terceros sobre las tierras reivindicadas serán respetados por el gobierno[20].

Es así como el Inuit Tapirisat de Canadá inició conversaciones con funcionarios del gobierno sobre los derechos de caza de los inuit, y recibió asistencia federal para el estudio del uso y la ocupación de las tierras dirigido a apoyar las reivindicaciones de los inuit sobre los Territorios del Noroeste.

No obstante, el nuevo panorama no se hallaba exento de dificultades: en primer lugar, el gobierno se constituía en juez y parte de un sistema de negociación que éste mismo había implantado. Las comunidades debían presentar sus reivindicaciones ante el gobierno federal, el cual determinaría el fundamento jurídico y avalaría la financiación de la investigación hecha por los autóctonos para su defensa. Al mismo tiempo le correspondía a la federación hacer el pago de las indemnizaciones y decidir la cesión de las tierras en disputa.

Por otra parte, el hecho de que los acuerdos fueran definitivos e implicaran la renuncia de los derechos ancestrales significaba para las comunidades indígenas la imposibilidad de acceder en un futuro a mayores niveles de autonomía y, especialmente, al establecimiento de un gobierno propio sobre sus territorios. Esto generó una incertidumbre en torno a la conveniencia de reclamar sus derechos

20. *Ibidem.*, p. 69.

antes de garantizar la autonomía gubernamental, o esperar indefinidamente un cambio en los fundamentos legales para llevar sus peticiones a la mesa de negociación.

La conciencia de esta situación se hallaba latente entre los inuit al momento de presentar por primera vez su solicitud de reivindicación territorial frente al gobierno canadiense en 1976. La propuesta incluía, además de la reclamación de derechos sobre el uso y explotación de las tierras, la creación de una nueva entidad político-administrativa resultante de la división de los Territorios del Noroeste.

> Fue un movimiento estratégico, dice Tagak Curley, presidente fundador de la ITC, pues el concepto de establecer los derechos territoriales era nuevo y "como objetivo único, era un camino demasiado difícil. Sentimos que en ese momento era importante obtener una base un poco más amplia para perseguir los dos objetivos: los derechos territoriales inuit y el desarrollo político"[21].

El gobierno liberal que se encontraba en ese entonces en el poder rechazó desde cualquier perspectiva la posibilidad de un cambio en el engranaje político y la organización territorial de Canadá. El fallo de la Corte con respecto a los derechos territoriales autóctonos no obligaba a la Federación a otorgarles un estatuto de autonomía. Por su parte, los indígenas consideraban que el reconocimiento de los derechos ancestrales llevaba implícito el establecimiento de sus propias formas de gobierno.

Como puede apreciarse, el desacuerdo en los términos a partir de los cuales debía emprenderse la negociación iba más allá de las simples cuestiones legales. Mientras para el gobierno canadiense se trataba de perpetuar la lógica de

21. Keith Crowe. "The road to Nunavut", en *op. Cit.*, *Nunavut'99*, p. 27.

poder sobre un territorio, la pretensión de los indígenas frente al autogobierno debe entenderse en el contexto amplio de la cosmovisión inuit, que vincula los principios de organización social con su medio ambiente natural como elemento esencial de su cultura. La inercia producida por la interpretación estrictamente jurídica de las necesidades autóctonas, la pugna de poderes en el contexto de la organización estatal y la falta de voluntad del gobierno eran factores que limitaban las posibilidades de un diálogo donde se tuviera en cuenta la espiritualidad inuit como elemento clave en el proceso de negociación. "Luchar por el reconocimiento de los derechos territoriales significa preocuparse de la caza, del viento, del agua, de la luna, del sol y las estrellas, visión del mundo que es difícil de exponer en una cumbre ministerial por temor a ser incomprendidos"[22].

Los pueblos autóctonos entendieron que la única manera de romper el círculo creado por el gobierno, donde sus pretensiones no tenían cabida, era seguir apelando a actores externos a la negociación para hacer valer sus reclamaciones. El papel de la Corte Suprema siguió siendo fundamental, al fallar a principios de los años 80 en favor de la responsabilidad fiduciaria del Estado frente a los derechos colectivos de los pueblos autóctonos. Esto es, el deber de pagar compensaciones financieras a las comunidades indígenas en caso de faltar a las responsabilidades adquiridas con éstas en el manejo de los recursos y la gestión pública.

Pero el hecho más significativo consistió en la repatriación de la Constitución canadiense, hasta entonces en manos de la Corona británica. La Ley Constitucional de 1982 fue la culminación de un proceso que devolvía al gobierno federal la potestad de modificar la Carta Magna. Los grupos indígenas aprovecharon esta oportunidad para

22. Therrien. *Op. Cit*, p. 19.

amenazar al Estado canadiense de apelar a la Reina si el gobierno no incluía en esta ley el reconocimiento de sus derechos, en virtud de los tratados firmados con la Corona y la preservación por la Reina del título de jefe de Estado. Este hecho fue determinante para introducir modificaciones con respecto a los autóctonos que crearían un precedente sustancial en la lucha por el reconocimiento de sus aspiraciones.

El reconocimiento constitucional de los derechos ancestrales le otorgó a los jueces un papel de primer orden en la interpretación de tales derechos, y en qué medida tienen preeminencia sobre las leyes. Además, la falta de resultados tangibles surgidos de las conferencias constitucionales en las que han participado los indígenas ha hecho que estos recurran con mayor frecuencia a los tribunales. La tendencia de instaurar un "gobierno por los jueces" ha sido muy criticada por varios sectores de la sociedad canadiense, pese a que la situación ha surgido como resultado de la ausencia misma de consenso y voluntad políticas sobre los temas concernientes a las comunidades autóctonas[23].

Por otra parte, la generalidad del término "derechos ancestrales" ha dado lugar a imprecisiones en el momento de definir su contenido. Es importante recordar que los derechos ancestrales son elevados a esa dignidad por el mismo Estado canadiense, no existe un concepto tal entre las comunidades autóctonas, razón que conduce a la necesidad de establecerlo con claridad en el plano jurídico. No obstante, "definir el contenido de los derechos ancestrales y de aquellos que provienen de los tratados no es tan evidente. Por ejemplo, ¿los derechos ancestrales constituyen un derecho global que podría definirse como un derecho colectivo de gobernarse, de adoptar las leyes independientemente de las leyes federales y provinciales, y de tener

23. Al respecto véase Dupuis. *Op. Cit*, p. 12.

instituciones políticas, administrativas y judiciales, lo cual equivaldría ni más ni menos que a la autonomía gubernamental? ¿O bien constituyen una serie de derechos particulares y limitados, como el derecho de cazar y pescar con fines de subsistencia o comerciales, en no importa qué momento del año y en una parte del territorio? ¿O los derechos ancestrales comprenden a la vez un derecho global de gobernarse y derechos particulares limitados para ciertos grupos de autóctonos según su historia respectiva?[24]".

Ante este panorama, los procesos de negociación que se habían iniciado antes del cambio constitucional continúan, amparados ahora por las nuevas disposiciones que obligan al Estado a atender los clamores de las comunidades autóctonas. Pero la indefinición de los términos también es ventajosa para el gobierno federal, dado que fortalece la opción de la negociación con bases poco claras. Para el gobierno, los derechos reconocidos a los pueblos autóctonos en 1982 no comprenden la autonomía gubernamental, y estos poderes sólo pueden ser delegados por decisión de la federación. Por ello, los autóctonos prefieren llegar a un acuerdo con el Estado antes que esperar una nueva decisión de la Corte sobre temas como la soberanía territorial o la autonomía política, que ahora se vislumbran lejanas.

Por esto el curso de las negociaciones entre los inuit y el gobierno federal no se modificó radicalmente, y los primeros debieron continuar luchando por la instauración de un gobierno propio. En abril de 1982, los inuit organizaron un plebiscito para consultar a los habitantes de los Territorios del Noroeste si aprobaban la creación de una línea fronteriza que permitiría la creación de un territorio autónomo, primer paso en el camino hacia la obtención de una autonomía política. Esto, debido fundamentalmente a la composición de la población en los antiguos Territorios del

24. *Ibidem.*, p. 80 y 81.

Noroeste y su repartición geográfica. Al Este de los Territorios se concentraba el mayor número de población inuit, mientras que el oeste era compartido por diversos grupos indígenas como los dene, los cree y algunos mestizos.

El plebiscito dio un resultado favorable a la división, con el 56,4% de los votos. El gobierno federal aceptó la consulta con la condición de que todos los asuntos territoriales fueran definidos. Este proceso requirió largas sesiones de discusión que dividieron el proceso en dos: el diálogo sobre los acuerdos territoriales, que finalizó con un preacuerdo en 1990, y las gestiones para la constitución de un nuevo territorio en tanto entidad político-administrativa, que para mayo de 1992 tuvo su momento culminante con un segundo plebiscito de apoyo a la creación de la línea fronteriza establecida por los Foros Constitucionales del Oeste y de Nunavut en 1987.

En septiembre de 1992 se llega a un acuerdo final para el manejo de tierras, que sería ratificado por otro plebiscito celebrado entre el 3 y el 5 de noviembre de 1992 con una votación a favor de 84,7%; este acuerdo fue firmado el 25 de mayo de 1993. Entretanto, el acuerdo sobre el nuevo territorio fue firmado el 30 de octubre de 1992 por los ministros de los gobiernos territorial y federal y John Amagoalik, presidente del FTN (Federación Tunngavik de Nunavut), creada en sustitución de la ITC.

Así, los dos procesos sostenidos en forma paralela condujeron a la aprobación por el Parlamento canadiense de sendos acuerdos: uno sobre los derechos de tierras, denominado *Nunavut Land Claims Agreement Act*, y otro sobre la nueva entidad territorial, denominado *Nunavut Act*. La ratificación se produjo en junio de 1993.

> El acuerdo sobre reclamación de tierras –el más grande en la historia del Canadá– da a los inuit propiedad sobre 350.000 kilómetros cuadrados de tierra (incluyendo minerales subterráneos en un 10% cuidadosamente seleccionado del territorio) y una compensación del gobierno federal de 1.148 millones de dólares en 14 años (1993-2007) (bajo la forma de un *trust* cuyos intereses se utilizan para financiar negocios, gastos escolares y subsidio a los cazadores).
>
> [...] El territorio de Nunavut es una escisión de 1'994.000 kilómetros cuadrados hecha a los Territorios del Noroeste, que queda con 1'299.000 kilómetros cuadrados.
>
> [...] Constitucionalmente, Nunavut tiene los mismos poderes y responsabilidades territoriales que los TNO y Yukón. Sin embargo, la mayoría inuit hace que se constituya allí un modelo de facto de autogobierno[25].

Estas concepciones jurídico-legales del "territorio" (*territory*, "una porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc."[26]) y de la "tierra" (*land*, que comporta una acepción de uso, herencia y propiedad) manejadas desde la perspectiva occidental, establecían una distinción del todo ajena a la percepción inuit sobre su espacio social, que debió no obstante ser reconocida por los líderes indígenas:

> Para que las negociaciones concernientes a la creación de Nunavut no fracasaran, los inuit aceptaron considerar *nuna* (el territorio) como un bien que debía en adelante estar detentado legalmente, pero en realidad han hecho coexistir dos imágenes de *nuna*: la primera, fiel a la descripción del territorio según la ley canadiense, se dirige a

25. Dane Lanken y Mary Vincent. "Nunavut", en *Canadian Geographic*, enero febrero de 1999, p. 39.

26. Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Real Academia Española, 1992, p. 1969.

los especialistas del mundo tanto político como jurídico o económico. Esta imagen figura en los textos oficiales redactados en francés, inglés e *inuktitut*. Su finalidad es de orden estratégico (obtener la garantía que los poderes hasta ese momento retenidos por el gobierno central sean devueltos a los inuit); la segunda representación de *nuna*, expresada exclusivamente en *inuktitut*, circula entre la familia y la comunidad y se traduce en comportamientos: esta imagen comporta una cierta relación con el medio natural, reproducido por la educación y tendiente a desarrollar entre los jóvenes actitudes de respeto y modestia frente al conjunto de los elementos naturales, lejos de todo sentimiento de apropiación [...] Hoy en día, el término *nunaquti*, que significa "territorio poseído en propiedad", aparece en un contexto nuevo, el de la lucha por Nunavut[27].

Esta redefinición de concepciones es palpable en varias dimensiones de la vida social y política de los inuit, entre las cuales se cuenta la ya señalada forma de asumir los retos del nuevo gobierno territorial en el contexto de la federación canadiense. Pero lo más interesante de todo este proceso es que conduce a una reflexión en torno a la importancia de en-tablar un diálogo entre culturas para garantizar la legitimidad de las bases políticas e institucionales que caracterizan a los estados democráticos, y la necesidad de comprender las aspiraciones y exigencias de los distintos actores sociales de un Estado en un contexto de armonía y respeto mutuos.

27. Therrien, *Op. Cit.*, p. 47 y 48. "La traducción técnica de *nunavut* es simplemente 'nuestra tierra'. El significado profundo, emocional, espiritual de *nunavut* o *nunavun* es 'nuestra tierra natal'. El significado no hablado enfatiza el 'hogar'. Para algunos *inuit*, con conocimiento más profundo del lenguaje, cuando se habla de *nunavut*, el significado tácito es 'nosotros compartimos esto juntos, incondicionalmente', y existe una intensa gratitud", Ann Meekitjuk Hanson. "What's in a name?"; en *Nunavut'99*. *Op. Cit.*, p. 130.

Conclusiones

Por primera vez desde las sucesivas fases de la conquista y colonización americanas, una comunidad autóctona accede a la autonomía política en el continente. Este hecho histórico es sumamente significativo para el devenir de las luchas emprendidas por las comunidades indígenas desde Alaska hasta la Patagonia, en lo que respecta al uso y explotación de sus tierras en los actuales estados.

El contexto mundial de nuestro tiempo, que insinúa el debilitamiento de los estados-nación ante la crisis de lo político y la emergencia de las organizaciones transnacionales desde las cuales se gestiona la circulación de bienes y servicios, impone nuevos desafíos a las aspiraciones de los grupos indígenas. Ya afectados por los efectos de la asimilación cultural y la subordinación política que llevaba consigo el proyecto de modernidad, los pueblos originarios deben hacer frente a nuevas dinámicas que atentan contra su supervivencia étnica.

Las comunidades nativas no sólo deben preservar a sus miembros de la dominación ejercida desde el Estado, sino de las acciones que las grandes compañías multinacionales emprenden con el mismo objetivo de consolidar su hegemonía. Esta situación se agrava cuando los intereses de empresas que no tienen responsabilidad alguna frente a los grupos autóctonos se encuentran avalados por la legislación estatal o por decisiones gubernamentales. La reacción de los indígenas frente a los eventuales perjuicios de una intervención en sus territorios es muy débil y en la mayoría de las ocasiones no llega a afectar el curso de los grandes proyectos económicos que se planean desde los centros de poder.

Por esto para los inuit es importante alcanzar una autosostenibilidad en el plano económico. En la actualidad, los inuit son casi enteramente dependientes de la Federación.

Un 95% de los recursos de Nunavut proceden del fisco canadiense, y el objetivo de los líderes autóctonos es reducir esa cifra al 60% en un plazo de 15 a 20 años. Para ello, deben contar con buenos niveles educativos que les permitan competir con la mano de obra proveniente del sur y actividades económicas suficientes para brindarles empleo a los jóvenes. Pero la tasa de desocupación en Nunavut es la más alta del Canadá, con un 40% de la población indígena desempleada. Esto último ha generado graves desórdenes sociales, como crisis personales que se traducen en alcoholismo, drogadicción y suicidios, o descomposición del tejido social debido a que la juventud (cerca del 50% de la población inuit es menor de veinte años) migra a las grandes ciudades para encontrar mejores oportunidades.

Otro problema de gran trascendencia para la preservación de la cultura inuit es el lingüístico. En Nunavut existen tres lenguas oficiales: inglés, francés e *inuktitut*. Los dirigentes del nuevo gobierno inuit buscan llevar a cabo la gestión política de su comunidad y diseñar un sistema educativo que privilegie su lengua nativa. No obstante, las dificultades inherentes al extremado localismo del idioma chocan con una economía y un mundo en proceso de globalización. Para afrontar los retos que implica consolidar un modelo económico auto-sostenible, los inuit se debaten entre fortalecer sus raíces culturales o acoger el inglés como lengua de enseñanza en las escuelas. En este sentido, la inserción cada día más tangible de las redes electrónicas de comunicación en la vida cotidiana de los inuit será más o menos benéfica para su cultura, en función de los criterios y planteamientos que se establezcan al momento de poner en juego su patrimonio simbólico en el universo virtual.

Las comunidades inuit no se encuentran, sin embargo, desprovistas de instrumentos y oportunidades. Muchos inuit poseen empresas que funcionan en el norte de Canadá y han logrado acumular montos considerables de capital. Otro factor que tiene un impacto positivo entre las organizaciones internacionales y la opinión pública está ligado a la afinidad de propósitos con los grupos ecológicos y la nueva agenda medioambiental. Esto ha contribuido a facilitar el apoyo político hacia algunas de sus reivindicaciones, que en un contexto de menor compromiso con el ecosistema habrían hallado múltiples obstáculos. El ejemplo más representativo de esta afirmación lo constituye el derecho especial que la Comisión Internacional de Caza a la Ballena le otorgó a la CIC en términos de la cuota anual necesaria para su subsistencia. La implicación activa de la CIC en la preservación de los mamíferos la hizo merecedora del premio "Global 500" otorgado por las Naciones Unidas en 1988[28].

Por todo lo anterior, el objetivo de las organizaciones inuit en Canadá no se limita a desarrollar una estrategia de reconocimiento político en el seno de la Federación, sino que se ocupa también de la defensa de su causa frente a otros actores estatales e internacionales. "No sólo los autóctonos hacen valer sus derechos y reivindicaciones sobre la escena política canadiense y frente a los tribunales, sino que han decidido ocupar todos los tribunales internacionales disponibles para hacer avanzar su causa. En este sentido, ellos se unen a todo un movimiento internacional autóctono"[29].

La identidad de objetivos entre las comunidades inuit dispersas por los estados árticos ha llevado a la necesidad de pensar en la creación de órganos institucionales propios que sirvan como mecanismos integradores de estas colectividades, y les permitan a su vez conectarse sin intermediarios a la economía y la sociedad mundiales. La Asamblea General de la Conferencia Inuit Circunpolar en 1992

28. Saladin d'Anglure. *Op. Cit.*, p. 436.
29. Dupuis. *Op. Cit.*, p. 18.

> ha dado lugar a una importante reunión de delegados inuit de todas las regiones, en 1993, con miras a instaurar una zona de libre circulación de bienes y servicios en todo su territorio, es decir desde la Siberia oriental hasta Groenlandia del Este. Se trata de un nuevo desafío que no será fácil de hacer valer frente a los estados de los que hacen parte. Pero el futuro del pueblo inuit dependerá muy seguramente de su capacidad para superar las fronteras históricas que le han sido impuestas y que dividen su territorio[30].

Este gran desafío no puede hacer olvidar la importancia de la transformación simbólica que acompaña los nuevos relatos sobre una historia y una cultura comunes a los habitantes de las regiones árticas. El fortalecimiento de la nueva "identidad paninuit" es un presupuesto fundamental para asegurar la cohesión social y la continuidad de sus propósitos, pero sobre todo para alcanzar la legitimidad de sus aspiraciones autonómicas en el concierto mundial.

El panorama esbozado nos conduce a dos reflexiones finales. La primera tiene que ver con los cambios históricos que afectan la delimitación del universo cultural inuit. ¿Se asemeja en algo la comunidad descrita en las páginas precedentes al imaginario pintoresco de esquimales que viven en iglús, cruzan el ártico en trineo o montan kayak, costumbres casi desaparecidas gracias a las motoesquís y los motores fuera de borda?

Las redes globales de televisión difunden con avidez lo que tienen estas culturas de más espectacular y exótico, como la caza artesanal de ballenas o sus hábitos alimentarios. No obstante, la memoria de estas comunidades está ligada a elementos mucho más profundos que se omiten con frecuencia en la narración audiovisual. El desconocimiento producido por la imagen que oculta al revelar perpetúa la figura del pigmeo y llama la atención sobre la responsabilidad del ejercicio académico en la exploración de la alteridad.

30. Saladin d'Anglure. *Op. Cit.*, p. 437 y 438.

La segunda reflexión nos habla de todo lo que este ensayo sobre un "otro" tiene de revelador para nosotros mismos. El cambio constitucional de 1991 ha sido un avance insuficiente para la disminución de las asimetrías en la relación entre el Estado colombiano y las comunidades indígenas. Toda negociación de un gobierno que base su estrategia en la ampliación de los resguardos y el pago de indemnizaciones deja al descubierto la honda incomprensión del significado que cobra el territorio para las culturas ligadas a otra lógica de lo mítico, lo social y lo sagrado. El cumplimiento de la ley y el respeto a las normas cuyo planteamiento obedece a una tradición filosófica hija de los griegos equivale a dar vueltas y vueltas en la cárcel de las propias representaciones.

Pero en muchas ocasiones el problema no es de incomprensión sino de menosprecio e irrespeto. Los representantes del gobierno no pueden argüir ahora el interés colectivo en un proyecto que, como el de Urrá, jamás debió iniciarse por resultar lesivo para la comunidad Embera y los pescadores artesanales del Sinú. En el caso de los U'wa, la labor de las multinacionales en el bloque Samoré atropella el patrimonio cultural de esta comunidad, y el inicio de las exploraciones más allá de los límites de un resguardo definido por el propio gobierno es una burla contra lo sagrado. Pasaría lo mismo si el petróleo se hallara bajo la Catedral Primada?

Esta situación se agrava cuando el aparato judicial es ineficiente y tiende a perpetuar la lógica hegemónica en el Estado. La experiencia canadiense no sólo se constituye en un ejemplo de negociación exitosa, sino que da muestras de la importancia del poder judicial para el ejercicio demo-

crático y las revoluciones silenciosas. El desequilibrio de poderes que se vive en nuestro país en favor del ejecutivo está relacionado con las limitantes políticas impuestas a la rama judicial y la falta de credibilidad debida a la lenta gestión y la arbitrariedad en los procesos.

Lo anterior no quiere decir que la imposición de modelos políticos, ideológicos o culturales sea exclusiva de países como Colombia. En todas las latitudes se ponen de presente relaciones de subordinación y hegemonía, pero hay sociedades que muestran avances significativos conforme a su propio proceso histórico.

En este sentido, la apertura de los diálogos interculturales, más que un reto, es una necesidad para la preservación de la estabilidad y la seguridad en tiempos convulsionados como los que se viven hoy en nuestro mundo. Pero este diálogo no es posible sin entender el universo imaginario y social que determina las expectativas e intereses de los actores en contextos de conflicto o negociación. Esta es la importancia de introducir disciplinas como la antropología al estudio de las problemáticas del mundo contemporáneo, las cuales no están limitadas a las dinámicas de poder entre los estados y las grandes organizaciones económicas. Temas como la autonomía, el separatismo, los nacionalismos, el terrorismo de base cultural o la disolución de las fronteras en el marco de la globalización han llegado a convertirse en desafíos a la dominación establecida y legitimada por el ordenamiento internacional, y han llegado a trascender hasta el punto de atentar contra la continuidad de la vida humana sobre el planeta (v. gr., el conflicto en Cachemira). Para poder seguir escribiendo nuestra historia, el conocimiento y reconocimiento del otro se impone como requisito de supervivencia.

Bibliografía del punto II

Libros

Dupuis, Renée. *Tribus, peuples et nations*, Quebec, Boréal, 1997.

Monnet, Jerôme (dir.). *Espace, temps et pouvoir dans le nouveau monde*, París, Anthropos, 1996.

Therrien, Michèle. *Printemps inuit: naissance du Nunavut*, Francia, Indigène Editions, 1999.

Revistas

Nunavut'99: Changing the map of Canada, Nortext Multimedia Inc., Canada, 1999.

"Nunavut", en *Canadian Geographic*, enero-febrero de 1999.

CUADRO 1

CRONOLOGÍA DE QUEBEC

1756	Los británicos conquistan Nueva Francia.
1960-1966	Muerte de Maurice Duplessis. Inicio de la Revolución Tranquila.
1968	Pierre Trudeau, primer ministro de Canadá.
1970	Secuestro de personalidades a manos de grupos separatistas radicales. Rechazo de los partidos políticos y apoyo a un proceso democrático para la obtención de la soberanía. División del Frente Liberal de Quebec (FLQ) y el *Parti Québe-cois* (PQ).
1976	René Lévesque, fundador del PQ, primer ministro de Quebec.
1980	Referéndum para negociar la soberanía-asociación. 60% de la población vota en favor del No. Incertidumbre económica, errores políticos del PQ y garantía de Trudeau de lograr un nuevo acuerdo para Quebec dentro de la Federación, las causas del fracaso.
1982	Quebec no firma la Ley Constitucional que entrega a Canadá la potestad sobre la Federación, antes en manos de Gran Bretaña.
1984	Brian Mulroney, conservador, al poder federal.
1985	Robert Bourassa, al poder en Quebec.
1987	Celebración del acuerdo del Lago Meech.
1990	Boicot al acuerdo por parte de comunidades aborígenes. Rechazo general en Quebec por su anulación.
1992	Anuncio público de un nuevo referéndum en Quebec. 54% de la población rechaza el acuerdo de Charlottetown, segundo intento para lograr la adhesión de Quebec a la Constitución.
1993	Jean Chrétien, primer ministro de Canadá.
1994	El PQ es elegido para gobernar a la provincia, y el *Bloc Québecois* (partido federal de Quebec) es la oposición oficial en el Parlamento.
1995	Referéndum por la soberanía. Escaso margen de votación (50,4% en favor del No) impide a los partidos nacionalistas lograr un aval de la población para negociar la independencia de Canadá.

Fuente: A partir de datos tomados de Brian Stevenson. "Introducción" en *interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, Universidad Autónoma de México, México, 1996, pp. 13-32.

CAPÍTULO SEGUNDO

CANADÁ Y EL CONTINENTE AMERICANO

Stephen J. Randall y*
*P. Whitney Lacknbauer***

I. RELACIONES CANADIENSE-ESTADOUNIDENSES DESDE 1945

Durante las últimas décadas, los académicos han enfocado la relación entre Canadá y Estados Unidos en una variedad de frases que reflejan los legados históricos y las percepciones contemporáneas del abrazo bilateral. Esta relación ha estado marcada, según Robert Bothwell, por la llamada "política de socios" aunque hay otros menos convencidos o por lo menos dudosos. Para Norman Hillmer, Canadá y Estados Unidos son "socios a pesar de todo", ciertamente una frase inspiradora muy dentro de la línea de la interpretación suya y de J. L. Granatstein de que la relación existe "para bien o para mal". En su trabajo editado, John Sigler y Charles Doran balancearon los libros con la frase "amistad perdurable, tensión persistente". De una

* El doctor Stephen J. Randall es Decano de Ciencias Sociales en la Universidad de Calgary.

** El señor P. Whitney Lacknbauer es Asociado de Investigación en el Centro para Estudios Militares y Estratégicos en la Universidad de Calgary, Alberta, Canada.